

Balance del estado de la educación, en época de pandemia en América Latina: el caso de Argentina

Adriana Puiggrós

La pandemia encontró a los sistemas educativos latinoamericanos heridos o mortalmente dañados. Las políticas de privatización impulsadas por el mercado habían actuado a fondo en la mayor parte de los países de la región. Argentina y México conservaban la integridad de sus sistemas, en gran parte por la lucha de sus docentes, por la necesidad social de la educación pública y por aspectos persistentes de la consistencia histórica de sus instituciones de educación formal. En tanto, la desigualdad del derecho a la educación se verificaba en todos los países, en especial en las zonas rurales, las periferias pobres de las grandes ciudades, las comunidades aborígenes, los grupos necesitados de una educación especial. No obstante, las perspectivas internacionales mostraban una tendencia a la universalización de la educación primaria y media en pocas décadas, aunque relativa a las inestables políticas socioeconómicas y educativas. En su conjunto, la educación latinoamericana recibió la pandemia debilitada y retrasada en la realización de cambios que requería de manera inminente, al mismo tiempo que se verificaba un voraz avance del mercado.

En un texto escrito pocos meses antes de que se declarara la pandemia de covid-19, comencé planteando una pregunta crucial, que le debemos a un alumno de Friedrich Nietzsche: «¿Cómo haremos para superar el abismo que separa el hoy del mañana?». Es la preocupación de un joven estudiante angustiado por el curso de una historia que, en ese preciso momento, no anuncia situaciones catastróficas inmediatas. La situación que estamos atravesando ha actualizado ese interrogante, que en su enunciación está cargado de dramatismo:

- La familia, el trabajo y la educación habían tardado tres siglos en diferenciarse y recién alcanzado una identidad institucional con la Revolución industrial y la consolidación de los Estados nación. Al comenzar la tercera década del siglo XXI, la organización hegemónica por el capitalismo financiero internacional sobre nuevas bases tecnológicas había afectado seriamente a las instituciones de la modernidad. El trabajo virtual y a destajo y la desescolarización avanzaban y amenazaban, respectivamente.
- Recientemente ocurrió que a causa de las medidas sanitarias indispensables contra la pandemia, aquellas instituciones se vieron superpuestas y confundidas. Fue necesario cerrar las escuelas, que la enseñanza formal y el trabajo se trasladaran a los hogares. Al mismo tiempo, la crisis económica mundial en ciernes se profundizó alcanzando uno de los niveles más altos de la historia del capitalismo.
- Solamente los ambientalistas y algunos estudiosos de la prospectiva tenían en su imaginario la posibilidad de una situación catastrófica del orden natural que contuviera la potencia de cambiar el mundo. Para el sentido común, se trataba de una fantasía o de una exageración. Los escasos educadores ambientalistas venían luchando para escapar a los intentos de conformar la educación ambiental como una materia más, o como ingeniosas actividades recreativas o limitadas a acciones domésticas, en lugar de considerarla un área transversal, cuyos saberes afectarían todo tipo de conocimientos.

- Declarada la pandemia, los medios de comunicación adoptaron la perspectiva de que «todo será distinto», «nada seguirá igual», como si la posibilidad fuera que un día se anunciara la vacuna contra el virus y despertáramos en el mundo ansiado o temido, en una escena sin continuidad con el pasado y de incierto futuro. Tal suposición encierra una negación y un desconocimiento de la historia, biográfica y social.
- El abismo al que se refiere el alumno de Nietzsche hace referencia al pasaje entre el clasicismo y la modernidad, y entre las generaciones. Empero en la situación actual son varias las paradojas: se ha puesto en evidencia ante todos los humanos su carácter de tales, más allá de generaciones, nacionalidades, etnias, lenguas o clases sociales. ¿La emergencia ha disminuido o profundizado los abismos? Seguramente ambas cosas. En algún lugar de la conciencia colectiva debe quedar una marca de lo que es irremediablemente compartido, pero en el marco de sociedades que serán más desiguales: los pobres, más pobres, y los ricos, más ricos.
- Hay amplia información sobre el sufrimiento de los adolescentes por las medidas restrictivas que requiere la prevención del contagio de coronavirus. En el crucial momento de su vida, cuando estaban asomando al mundo y buscando construir el propio, desprendiéndose y diferenciándose de su familia, su supervivencia depende de que se encierren con esta última. El hacinamiento, el acoso, la incompatibilidad de caracteres y de comportamientos entre las generaciones producen, sumadas al encierro necesario, depresiones y un aumento del número de suicidios de adolescentes en varias provincias argentinas.
- Resulta sin embargo notable el resultado de la «Encuesta covid-19», realizada por Unicef (2020). En el citado estudio, se expresa que «el módulo de percepciones y actitudes frente a la cuarentena muestra que el 96% de la población considera que la cuarentena evitará el contagio de covid-19 y el 99% de las y los adolescentes considera que las medidas son necesarias. Así mismo, es importante destacar que el 95% de los hogares indica que pueden cumplir con las medidas de aislamiento social».
- ¿Qué ocurrirá con los adolescentes cuando estén liberados? ¿Estarán en condiciones de regresar al ámbito escolar en el cual ya anteriormente les resultaba difícil permanecer? ¿En qué términos abordarán la pregunta del estudiante de Nietzsche unos y otros adolescentes, los ricos y los pobres, los que tengan condiciones socioeconómicas, familiares y psicológicas para retornar a las instituciones educativas y los que no; aquellos que estuvieron conectados a los dispositivos de contacto con la escolaridad y los que no tuvieron acceso a los programas por TV, a la radio, los cuadernillos u otros materiales impresos, los portales, o al simple llamado telefónico o mensaje del maestro o la maestra?
- Resulta de especial interés estudiar las posibilidades diversas de articulación entre los pensamientos, las ideas, los sentimientos, las experiencias adquiridas por los adolescentes en el período de pandemia, con el discurso escolar. Es posible sostener la hipótesis de numerosas fisuras, contradicciones y sobre todo insuficiencias por parte del currículum y de la lógica disciplinaria instalada anteriormente. Esto es, considerando a los chicos desde los 11 hasta los 18 años, lo cual afecta no solamente a la enseñanza media, sino a los últimos grados de la primaria.

EL ESTADO DEL SISTEMA ESCOLAR

En muchos países el sistema escolar, que debió detener su trabajo, llevaba casi cumplidos algunos de sus mandatos fundadores al haber alcanzado la universalización de la educación primaria y en cuanto a la secundaria de más de la mitad de los adolescentes. En una perspectiva lineal la escolarización llegaría a cubrir a la totalidad de la población. Tal trayectoria, como es sabido, es sin embargo desigual y en las últimas décadas ha sido impactada por la irrupción de otras mediaciones educativo-comunicacionales. Cuando se declaró la pandemia ya estaba instalada la confrontación entre el mercado de educación virtual, aparentemente centrado en el autoaprendizaje de los alumnos y el modelo escolar asociado a la enseñanza por parte del maestro. La educación virtual de mayor impacto comercial se sustenta en la palabra de un potente comunicador y restringe la intervención de los educandos a formatos prescriptos.

Con la interrupción de las clases presenciales, las ventas del mercado de educación virtual subieron exponencialmente entre los sectores menos afectados por la crisis, en tanto millones de niños/as, adolescentes y adultos educándose quedaron con las manos vacías. Las escuelas de élite continuaron sus actividades online, programaron evaluaciones y dispositivos para la promoción y consiguieron una relativa contención de su alumnado. En el otro extremo, los alumnos perdieron comunicación con sus maestros, excepto cuando muchos de estos esforzadamente los siguieron contactando por medios caseros (visitas a los domicilios, llamadas por teléfono o uso del WhatsApp).

La pérdida de comunicación debe ser analizada como un hecho grave. En situaciones corrientes, el abandono escolar es el resultado de un proceso en el cual ese hecho es determinante: el alumno no entiende, no atiende, se desconecta del discurso áulico, se aleja del aprendizaje grupal, tiene dificultades para regresar cada día a la escuela, falta, fracasa o no asiste a las evaluaciones, repite, queda desubicado de su grupo etario y de compañeros, abandona, desarrolla un rechazo hacia la escuela. Es un fracaso de la educación formal y de la comunicación. Durante la pandemia miles de chicos latinoamericanos, especialmente estudiantes de la enseñanza media, estaban en alguno de los momentos enumerados. Lograr que un niño o un adolescente regrese a la escuela que no ha sabido retenerlo es una tarea muy difícil. Veremos cómo ellos deconstruyen la actual circunstancia, si la viven como ajena a la «voluntad» escolar o se sienten abandonados. En todo caso, es necesario trabajar con la hipótesis de un aumento considerable de abandono escolar.

Pese al ángulo oscuro que acabo de señalar, existen elementos alentadores que parten de la reacción positiva de muchos gobiernos, así como especialmente de la comunidad educativa. Ante la repentina pandemia era posible una retracción educativa. Maestros, alumnos y autoridades podrían haber renunciado a toda intervención, a todo intento de continuar el proceso de enseñanza, dejando caer la educación pública.

LAS VICISITUDES DEL REGRESO

Cuando repentinamente los vínculos pedagógicos se suspendieron, quedó a la vista la importancia de las instituciones educativas. Los sectores medios, críticos frecuentes del Estado, reclamaron que este último se hiciera cargo de remediar la nueva circunstancia. Frente

a ese pedido algunos gobiernos difirieron en su respuesta, lo cual acarreó consecuencias que habrán de dejar marcas sociales, demográficas, económicas y culturales. El mapa educativo habrá cambiado y encontraremos semejanzas entre los países en los cuales el Estado intervino decididamente en el control de la pandemia y en la continuidad de la educación (de distintas maneras) y aquellos que negaron el problema y abandonaron la población a su suerte, o lo menospreciaron y no hicieron todo lo correspondiente. En la decisión sobre una u otra estrategia se jugó la salud de la población y la continuidad de la educación formal. Mientras el espacio público sanitario abandonado por algunos gobiernos se llenó de enfermos abandonados a su suerte, la educación pública se contrajo, abriendo paso al mercado. Por el contrario, los gobiernos responsables estimularon la investigación científica y tecnológica en torno al fenómeno de la pandemia y numerosos temas vinculados o derivados; así como readecuaron la organización del ciclo escolar y motivaron la irrupción de iniciativas educativas que llevaban mucho tiempo contenidas.

En la Argentina es notable la coincidencia entre docentes, sindicatos y autoridades en referencia a innovaciones que reclaman todos los niveles y modalidades de la educación. El cambio de reglas de la vida cotidiana, a causa de la prolongada cuarentena obligatoria, había descolocado a los actores impactando en los roles tradicionales. A los familiares se les adjudicaron tareas de los docentes y tuvieron que lidiar con la enseñanza de materias escolares que generalmente desconocían. Muchos docentes multiplicaron sus acciones referidas a la provisión de alimentos y otras ayudas sociales. Si bien ya lo hacían en una proporción significativa de escuelas, la acción se multiplicó y cambió su forma, dado que la imposibilidad de reunir a los alumnos en comedores escolares obligó a idear otras formas de hacerles llegar la alimentación.

La mayor parte de los educadores se vieron enfrentados a la necesidad de adquirir rápidamente saberes tecnológicos y –lo que es más impactante– nuevas formas de comunicación con sus alumnos. Desde el primitivo uso del teléfono o de notas entregadas con el paquete de comida para hacer llegar tareas escolares a los chicos, hasta WhatsApp, videoconferencias y aulas informáticas, rompieron una rutina que llevaba ya más de un siglo y medio. El salto tecnológico fue desigual e inorgánico, pero muy amplio. La relación entre la experiencia urbana y rural se vio alterada: en una reunión virtual con directivos rurales de todas las jurisdicciones argentinas, la experiencia de estos últimos se mostró enormemente valiosa. Los docentes llegan en viejos autos, en carro o a caballo una vez a la semana, hay escuelas donde vive y atiende a los chicos un solo maestro, hay escuelas albergues donde se enseña con una modalidad dual.

Surgieron con naturalidad aspiraciones que habrían sido escandalosas años atrás entre los equipos técnicos y directivos de las provincias, acostumbrados a discutir cambios en los contenidos sin afectar nunca la estructura académica e institucional. El piso se había movido y no se podrían retomar en el regreso los mismos criterios de agrupamiento, ni la planificación de actividades repetida año tras año, ni el orden de los contenidos, ni la manera de administrar la escuela. La sensación compartida era que nada volvería a ser como antes, que se abrió la oportunidad de realizar cambios en núcleos duros del sistema escolar, al mismo tiempo que los más conservadores manifestaban dudas sobre esa posibilidad. La perspectiva más realista nos lleva a suponer que habrá distintas situaciones, que ya está presente la fuerza de la inercia

que trata de llevar las aguas a su viejo cauce, pero también que se rompieron moldes y abrieron fisuras imposibles de reparar. Lejos de retraerse, los gobiernos nacional y jurisdiccionales (estadales), paralelamente a las primeras medidas de control sanitario, emprendieron la producción de contenidos educativos por diversos soportes tecnológicos. El Ministerio de Educación de la Nación ha entregado ya veinte millones de cuadernillos, de 48 páginas cada tres semanas, para todos los años del sistema obligatorio y la educación inicial. También 16 horas de televisión y 8 de radio semanales coordinadas con los cuadernillos. Muchas provincias replicaron localmente esas acciones, sumándolas a las de carácter nacional. La situación de pandemia abrió el espacio para la producción de contenidos por parte de un Estado responsable, al mismo tiempo que, como en cada oportunidad en que aquel intenta producirlos en cualquier formato, la prensa de derecha reaccionó negativamente de manera violenta; el atacar la producción de textos por parte del Estado ha sido siempre uno de sus temas privilegiados.

Muchas de las acciones educativas que emergen denotan rasgos de escolanovismo, corriente que tiene importantes antecedentes en el país, aunque estuvo lejos de conquistar la conducción del sistema escolar. Desde principios de la década de 1970, entre los sectores progresistas de la educación se combinó la herencia escolanovista con la corriente freireana. Entre el 2003 y el 2015 hubo un amplio campo político para su despliegue, aunque sin que se alcanzara a cambiar estructuralmente el sistema escolar. Este último había cerrado compuertas en años anteriores para defenderse de fuerzas retrógradas, pero tampoco puede negarse su propia resistencia a transformaciones que alteren positivamente el modelo instalado. Empero, la pandemia puso a la vista que no todo era rechazo detrás de los muros del sistema e incluso que había estado contenido cierto entusiasmo por nuevas prácticas y perspectivas educativas.

Al mismo tiempo, en los medios de comunicación comenzó a usarse una categoría, «nueva normalidad», que expresa la alarma ante posibles desviaciones de los vectores antes establecidos.

Ese apresurado llamamiento al orden alerta respecto de las fuerzas dispuestas a evitar el impacto de novedades (pedagógicas y político-educativas en el tema que estamos tratando). Cabe preguntarse qué es lo que apresuradamente se quiere encauzar. La «normalización» de situaciones de sometimiento es uno de los potentes instrumentos con los cuales han contado los poderosos en todos los tiempos; y en el nuestro, mediante los medios de comunicación. Por eso es necesario advertir, en primer lugar, que la «nueva normalidad» no vaya a resultar normalización de la injusticia social y la desigualdad educativa.

LAS MEDIDAS DE PREVENCIÓN Y EL DERECHO A LA EDUCACIÓN

El sufrimiento que causa la pandemia es desigual en términos socioeconómicos en el mundo, lo cual coloca en situaciones distintas a las poblaciones, en vistas al reingreso a la actividad escolar presencial. Lo mismo ocurre en la Argentina. En los últimos años se ha difundido el elogio a la resiliencia, una categoría que contiene la negación del carácter social y político de las diferencias en aquellas situaciones. Pero no es la resiliencia el término que debe ocupar a los educadores, sino la capacidad popular (colectiva, grupal, cultural) de luchar contra la adversidad, y adquirir nuevos saberes.

Respecto al regreso a clases, se tratará de una situación postraumática que ya se está presentando en varios países con momentos de retroceso, instalada en las sociedades sin término al menos hasta que se haya conseguido dominar el virus. Atendiendo la imagen del virus como mensajero, expresada por el intelectual portugués Boaventura de Sousa Santos, el sistema educativo deberá tener la capacidad de adecuarse a situaciones inesperadas pero sobre todo a la comprensión de una situación en un ambiente desequilibrado. El mensaje lo advierte, así como lo hace respecto de sus causas humanas. Los cuerpos quedan expuestos tanto a la enfermedad como a nuevas acciones disciplinarias, algunas de las cuales hacen a la supervivencia colectiva, pero otras asoman jugando con el poder. Los restos del higienismo están aún presentes: en la escuela argentina los chicos toman distancia extendiendo el brazo, deben separar sus cuerpos, no rozarse, usan guardapolvos blancos. El higienismo disciplinario sobrevivió a la lucha contra las fiebres y pestes anteriores a las vacunas y los antibióticos. Por eso los educadores han de cuidar que un nuevo higienismo de aquel tipo no sobreviva a la pandemia del siglo XXI.

En el mismo orden de preocupaciones está el problema de las disposiciones de agrupamiento de los alumnos necesarias para evitar contagios, entre las cuales está disminuir drásticamente el tamaño de los grupos. Partiendo del hecho de que no existe presupuesto para construir escuelas o aulas, las alternativas no son infinitas y oscilan entre agregar en carácter de aulas anexas espacios de instituciones sociales, diversas formas de alternancia en la concurrencia (semanas alternadas, horarios variados) y combinaciones de actividades presenciales y virtuales. Cualquiera de esas posibilidades contiene un dispositivo de selección que potencialmente puede multiplicar las desigualdades. La nueva organización de los espacios y los tiempos debería contemplar criterios de igualdad de derechos, en particular de las niñas, niños y adolescentes que no tienen conectividad, de los discapacitados, de los grupos aborígenes, de la población rural.

Otro tema que ocupa a funcionarios nacionales y provinciales se refiere a la política curricular, tema que prefiero mencionar de manera menos académica como los saberes que aprendieron/aprenderán los educandos en esta etapa crítica y los modos de enseñar/aprender. Por un lado, surge la posibilidad de introducir cambios de contenidos al tiempo que realizar la selección indispensable para lo que reste del año escolar. Por otro, no puede negarse que la experiencia que se está viviendo reporta seguramente nuevos saberes, nuevas concepciones. Los alumnos no regresarán como el día en que se suspendieron las clases presenciales.

En cuanto al regreso a clases, también está en duda si todos los niños, niñas y adolescentes, especialmente estos últimos, lo harán, y numerosas familias expresan resistencia y temor al posible contagio de sus hijos si regresan sin que se haya controlado la pandemia. Es una hipótesis que se produzca un aumento considerable del abandono, hecho que obliga a generar políticas educativas que trasciendan la escolar. Las actividades realizadas en espacios sociales (deportivas, artísticas, recreativas) y de capacitación tecnológica cobran importancia tanto en sí mismas cuanto como mediadoras entre la comunidad y la escuela. La articulación entre los programas sociales y esta última no es sencilla sino sumamente problemática: el gesto disciplinador pone un límite a las lógicas que discutan la obra de Comenio.

Queda por referir la cuestión de la tecnología y la supuesta oposición esencial entre presencialidad y virtualidad. El adjetivo supuesta alude a una concepción de la tecnología separada de la mano humana que la genera. El bien y el mal son ubicados desde una u otra postura en la cosa. De ese modo se corona mercancías y se absuelve a mercaderes, o se condena en su conjunto los avances de la ciencia y la tecnología. Los educadores hemos adoptado esta última postura durante demasiado tiempo, siendo renuentes a incorporar a nuestra actividad desde la antigua radio hasta las computadoras. El atraso tecnológico de la educación pública es notable. Y debe subrayarse la coincidencia de que los gobiernos progresistas invierten en tecnología educativa, en tanto los neoliberales restringen los fondos al respecto, al tiempo que favorecen el ingreso de las empresas en ese campo.

Existe, sin embargo, la posibilidad de apropiarnos, los educadores, de la tecnología. Quiero decir de subordinar en la educación pública los intereses que la dominan. Al respecto es alentador que las urgencias de la situación que vivimos hayan impulsado a miles de docentes a usar internet, WhatsApp, videos y hasta el antiguo teléfono para seguir comunicados con sus alumnos. Es probable que su capacitación tecnológica haya mejorado, y que el gobierno deba hacerse cargo de la consolidación de los aprendizajes. De lo que no cabe duda es de que estamos ante una nueva articulación entre la enseñanza presencial y virtual, una distinta actitud de los docentes ante la tecnología, que los acerca a los alumnos que la habitan con mucha anterioridad. Al mismo tiempo, el uso intensivo de la tecnología es –y ha sido en este período excepcional– un privilegio, lo cual vuelve a poner sobre el tapete el peligro de la profundización de la desigualdad.

En el complicado panorama expuesto, los docentes deben ser tenidos especialmente en cuenta. Tampoco ellos retornarán sin cambios. También ellos, como sus alumnos, pueden haber tomado conciencia de ser objeto de la globalización, de haber ensanchado su mundo por la dolorosa vía del peligro humanamente compartido. Y en brusco contraste, haber vivido el encierro necesario para sobrevivir. Decía que los docentes recobraron prestigio en tiempos de pandemia. En los años anteriores los medios de comunicación habían servido a los intereses de las empresas del mercado educativo, interesadas en rebajar el salario docente, eliminar los convenios colectivos de trabajo, establecer formas frágiles de contratación y avanzar en la ilusión de sustituir al educador por la máquina. Pero en los tiempos de pandemia, los docentes, como hemos visto, lejos de retraerse, salieron a enseñar y los medios de comunicación suspendieron su campaña negativa hacia ellos.

La cuestión que se presenta es que en cualquiera de las opciones de reagrupamiento de los estudiantes se requieren más docentes. También, que el rol docente se ha complicado y que deben sumarse tutores, técnicos informáticos, sostener a los bibliotecarios, los archivistas. Las funciones de coordinación, dirección y supervisión resultan muy importantes y deben tomar nuevas características.

El sistema escolar reglado, acostumbrado a un funcionamiento constante, repetitivo, es sacudido por las demandas de la nueva situación. El rol docente resulta afectado también porque la rutina de enseñanza-evaluación-promoción se ha interrumpido y es probable que no pueda retomar su ritmo tradicional. Es deseable que esta situación sea tomada como una oportunidad para analizar a fondo y avanzar en alteraciones positivas del vínculo pedagógico.

En el caso argentino, estamos analizando el avance en la reestructuración de los niveles educativos en ciclos/áreas superando la organización por años escolares/materias. El tránsito sin repetición de los alumnos entre 1o y 2o año de primaria ya tiene larga experiencia en el país y lo extenderíamos un año más. Se trataría ahora de eliminar la repetición y sustituir esa práctica por oportunidades de nuevo cursado de contenidos que no se han aprendido, sin tener que volver a asistir a las clases que se han aprobado, multiplicación de las fechas de rendimiento de exámenes, acompañamiento de los grupos de alumnos a lo largo de un ciclo por parte de un mismo docente, o una pareja docente, introducción de tutores ayudantes de los docentes, y una serie de iniciativas más. Las medidas enunciadas surgen de la necesidad de resolver el año escolar interrumpido por la pandemia, pero se fortifican porque responden a concepciones largamente maduras entre los pedagogos y muchos docentes. No obstante, se trata de mover piezas de una estructura que se ha agarrado, por lo cual debe cuidarse no provocar la ruptura del conjunto.

FIN, TRÁNSITO, PRINCIPIOS

Las propuestas de varios tipos de organización escolar en el momento del regreso a la actividad presencial consisten en articulaciones espacio-temporales elaboradas sobre la base de hipótesis, suposiciones o creencias. Todas las personas tienen alguna representación sobre la relación entre su vida, el espacio y el tiempo. Hay estadísticas sobre las expectativas de vida, mitos familiares y comunitarios sobre el mismo asunto. En cuanto a la finitud de la civilización humana, aparece lejana en casi todas las culturas, aun en situaciones como las guerras o las crisis nucleares, lo cual aporta a la posibilidad de la educación. Constituye una excepción la advertencia ambientalista que muy pocos han escuchado y que no logró penetrar suficientemente a la educación. La proliferación de la ciencia ficción, las catástrofes como contenidos fílmicos y de videojuegos y las amenazas a la maldad humana proferidas por nuevas formaciones religiosas no tuvieron repercusión en el relato escolar.

Pero la aparición del covid-19 colocó la finitud en un presente absoluto y la parálisis de los sistemas escolares –o al menos de la educación presencial– dejó poblaciones enteras azoradas ante una jugarreta del tiempo que desarticula el espacio en el que actuamos y el que percibimos. El carácter global de la epidemia, así como las medidas sanitarias para combatirla, fueron universalizándose pese a la resistencia de los sectores más conservadores. La ciencia ocupó un lugar extraño: concentra la esperanza y la confianza, desplazando en buena medida las invocaciones metafísicas, a la vez que muestra sus dificultades para hallar una solución y restaurar los plazos vitales tradicional o científicamente conocidos.

La percepción de los educandos y educadores sobre la historia y su biografía ha sido interferida. Cuando regresen, lo harán con saberes, creencias y expectativas que en gran medida desconocemos. Además, vivirán en un escenario presencial y otro virtual alternativamente. Ciertamente muchos de los niños, niñas y adolescentes son expertos en escenarios virtuales, los que tienen acceso a la conectividad, claro está. Pero la escuela se había mantenido demasiado al margen de la realidad virtual.

La educación es lo contrario de la ausencia de futuro, dado que está tejida con el deseo y la voluntad humanos de superar el abismo que separa el hoy del mañana. Podemos plantear la necesidad de ayudarles a reorganizarse en el tramo de la vida que están recorriendo brindándoles como escenario la historia, para que puedan soportar la indecibilidad del futuro, de la cual probablemente hayan tomado conciencia. Se tratará de una nueva enseñanza, que ha perdido el «optimismo humanista predominante en los últimos tres o cuatro siglos de la historia de Occidente» (Danowski y Viveiros de Castro, 2019), pero que para no perder su potencia educadora requerirá de nuevos mitos sobre el futuro apoyados en hipótesis científicas. La enseñanza de la historia y de la ciencia sufrirán cambios; en particular la educación ambiental debería ocupar un privilegiado lugar.

Pero lo dicho en los párrafos anteriores es tan solo una serie de generalizaciones si no tenemos en cuenta que la pandemia ha puesto en evidencia que, al menos en la Argentina, un promedio del 50% de los potenciales alumnos de todos los niveles se ha desconectado de la escuela y es probable que al menos una mitad de ellos ya no regrese, o al menos no lo haga de inmediato. Si ponemos el foco en quienes vivían ya antes en la pobreza o la miseria, y en quienes se han incorporado a ese lugar de nuestra civilización a raíz de la pandemia, se sacudirá nuestro programa de restauración escolar. Aun cuando decidamos mirar para otro lado y trabajar con los que concurren a la escuela, chocaremos con los daños que el capitalismo salvaje ha causado sobre el conjunto de la humanidad. Por eso, si la acción debe ser reparadora, ocupándonos de reconectar a los que han quedado fuera del universo institucional educativo, no se trata de focalizar en el sentido de los clásicos programas neoliberales sobre poblaciones que constituyen un «riesgo social», sino de comprometer a todos en un proceso de enseñanza aprendizaje de una nueva dignidad humana.

BIBLIOGRAFÍA

Danowski, Déborah y Viveiros de Castro, Eduardo 2019 ¿Hay un mundo por venir? Ensayo sobre los miedos y los fines, Buenos Aires, Caja Negra.

Unicef 2020 «Encuesta COVID-19. Encuesta de percepción y actitudes de la población. Impacto de la pandemia COVID-19 y las medidas adoptadas por el gobierno sobre la vida cotidiana. Informe sectorial: educación», Buenos Aires, Unicef Argentina, mayo. https://www.unicef.org/argentina/media/8056/file/Covid19-EncuestaRapida-Informe_Educacion.pdf [Consultado el 23 de julio de 2020].